

tallaba, se echaban unos á otros en cara las desgracias públicas. Acusaban á los girondinos de que estaban de inteligencia con los ricos y acaparadores para matar al pueblo de hambre y hacerle que se sublevase, y tomar de ello ocasion para nuevas leyes marciales, y tambien de que querian atraer á los estrangeros á fuerza de desórdenes: cargo inicuo, pero que debia llegar á ser mortal. Los girondinos correspondian con iguales acusaciones, diciendo de sus contrarios que causaban la escasez y los alborotos con el temor que inspiraban al comercio, y pretendian llegar á la anarquía por medio de las turbulencias, por la anarquía al poder, y tal vez á la dominacion estrangera.

Ya se acercaba el fin del mes de febrero y la irritacion del pueblo habia llegado á su colmo por la dificultad de proporcionarse víveres. Particularmente las mugeres estaban en una agitacion estremada como que recaia sobre ellas mas particularmente este género de privaciones; y asi se presentaron en los jacobinos el dia 22 para que se las aprestase la sala, donde querian deliberar sobre la carestia de los víveres, y preparar una peticion á la convencion nacional. Mas como se sabia que su objeto era proponer el *máximum*, se las reusó aquella demanda, y entonces las tribunas trataron á los jacobinos, como acostumbra-

ban á tratar algunas veces á la asamblea, gritando *mueran los acaparadores, mueran los ricos*. El presidente se vió en la necesidad de cubrirse para apaciguar el tumulto, y se disculpó aquella falta de respeto diciendo que habia en la sala de las sesiones algunos aristócratas disfrazados. Volvieron á hablar de nuevo Robespierre y Dubois de Crancé contra el proyecto de la tasa, recomendando al pueblo que se estuviese quieto para no dar pretesto á sus enemigos de calumniarle, y quitarles la ocasion de que se publicáran otras leyes sanguinarias.

Marat que tenia pretensiones de discurrir siempre los medios mas sencillos y prontos escribió el dia siguiente en su periódico del 25, que nunca cesaria el estanco de los géneros sino se tomaban otros medios mas seguros que los empleados hasta entonces, y añadia apostrofando á los *manopolizadores*, á los *comerciantes en objetos de lujo*, á los *abogados*, á los *procuradores* y á los *exnobiles*, á quienes dejaban impunes los infieles mandatarios del pueblo, y antes bien les animaban á continuar en el crimen, añadia, «cualquier país en que los derechos del pueblo no fuesen un título vano, por mas que estuviesen consignados en una pomposa declaracion, el saqueo de algunos almacenes, á cuyas puertas se colgase á los acaparadores, pondria bien pronto término á esas malversaciones, que reducen á la



«desesperacion á 25 millones de hombres, y hacen morir de miseria á muchos millares de ellos. «¿Es posible que los diputados del pueblo no han de saber nunca mas que charlatanear acerca de los males sin proponer ningun remedio?»\*

Era el 25 por la mañana cuando este atrevido loco escribia semejantes palabras, y fuese que hubieran influido realmente en el pueblo, ó que ya no se pudiera contener la irritacion por haber llegado á su colmo, es lo cierto que se reunió en tumulto una multitud de mugeres delante de las tiendas de los ultra-marinos. Se quejaron al principio del precio de los comestibles y pidieron á gritos su reduccion, sin que nadie se metiese con ellas ni se empleára la fuerza pública, porque el ayuntamiento no sabia lo que pasaba, y el comandante Santerre habia ido á Versalles á organizar un cuerpo de caballería. Por consiguiente no hallaron ningun obstáculo los perturbadores, y pudieron propasarse desde las amenazas á las violencias y al saqueo. Principió el tumulto en las calles de la Moneda antigua, de los Cinco diamantes y de los Lombardos, exigiendo que todos los géneros se redujesen á la mitad del precio, el jabon á veinte y seis cuartos, el azucar á cinco reales y la mas inferior á tres y las velas á dos reales y medio. Fue-

\* *Diario de la república del 25 de febrero 1793.*

ron apoderándose de una gran cantidad de géneros á este precio y pagando su importe á los dueños de la tienda; pero no tardaron en reusar el pago y apoderarse de las mercancías sin dar absolutamente nada. Acudió la fuerza armada á uno de aquellos puntos, pero la rechazaron y empezaron á gritar *mueran las bayonetas*. Estaban en sesion la asamblea, el ayuntamiento y los jacobinos, y precisamente se leía en la primera un informe sobre el mismo asunto, en que el ministro del interior demostraba que los géneros abundaban en Paris, pero que el mal procedia de la desproporcion entre el valor del numerario y el de los géneros. Inmediatamente la asamblea deseando hacer frente á las dificultades del momento, destinó nuevos fondos al ayuntamiento para que pudiesen venderse los víveres á precio mas cómodo. Al mismo tiempo la municipalidad con igual celo, mandaba que se la informase de los hechos y dictaba providencias de policia, pero á cada nuevo suceso que se citaba gritaban las tribunas *tanto mejor*, y á cada recurso que se proponia, gritaban *muera*. Llegaron á silvar á Chaumette y á Hebert porque propusieron que se tocase la generala y se requiriese la fuerza armada; pero con todo eso se determinó que se enviaran dos fuertes patrullas, precedidas de dos oficiales municipales para restablecer el orden, y que otros veinte y siete de



estos últimos fuesen á arengar á las secciones. Ya se habia propagado el desórden, pues se saqueaba en diferentes calles, y hasta se proponia pasar desde las tiendas de comestibles á las de los mercaderes, y entre tanto se aprovechaban de aquella ocasion los diferentes partidos para echarse mutuamente en cara aquel desórden y los males que le habian causado.— Cuando teniais un rey, decian en las calles los partidarios del antiguo regimen, no estabais reducidos á pagar las cosas tan caras ni espuestos á saqueos.— He aqui decian los partidarios de los girondinos, á donde nos conducirá el sistema de violencia y la impunidad de los excesos revolucionarios.

Los Montañeses estaban afligidísimos y sostenian que eran aristócratas disfrazados, Fayetteistas, Rolandinos, y Brissotinos los que escitaban al pueblo á semejantes saqueos. Aseguraban haber encontrado entre la multitud señoras de alto coquete y gente de polvos, y criados de grandes señores que andaban distribuyendo asignados para atraer al pueblo hacia las tiendas. Ultimamente, al cabo de muchas horas pudo reunirse la fuerza armada y Santerre volvió de Versalles dando las órdenes necesarias para apaciguar el tumulto, y entre los cuerpos que mas se distinguieron fueron los confederados de Brest que se hallaban en Paris y persiguieron á los pillos.

Por la tarde hubo una discusion acalorada en los jacobinos, en la cual se deploraron los desórdenes á pesar de los gritos de las tribunas, y de que estas les desmentian continuamente. Collot d'Herbois, Thuriot y Robespierre estuvieron unánimes en aconsejar la tranquilidad y echar la culpa de los excesos á los aristócratas y á los girondinos; y Robespierre hizo un largo discurso sobre ello, en que sostuvo que el pueblo *era impecable* y que no podia errar jamas, ni cometer falta alguna como no se le estraviase. Defendió que en los grupos de los saqueadores se compadecian del rey muerto y se hablaba bien del lado derecho de la asamblea, lo cual lo habia oido el mismo, y por consiguiente no podia quedarle duda de quienes eran los verdaderos instigadores que habian estraviado al pueblo. El mismo Marat vino á aconsejar el órden y reprobó los saqueos que el mismo habia predicado por la mañana, imputándoselos á los girondinos y á los realistas.

Al dia siguiente resonaron en la asamblea las acostumbradas y siempre inútiles quejas, levantándose Barrére con mucha fuerza contra los crímenes del dia anterior, y llamando la atencion sobre lo mucho que habian tardado las autoridades en reprimir el desórden. En efecto los saqueos habian principiado á las 10 de la mañana, y todavia á las 5 de la tarde no estaba reunida la



fuerza armada. En consecuencia pidió Barrère que se citase al corregidor y al comandante general para que esplicaran los motivos de aquella tardanza, apoyando esta demanda una diputacion de la seccion del Buen Consejo. Entonces tomó la palabra Salles y propuso un decreto de acusacion contra Marat, que era quien habia instigado los saqueos, y leyó el artículo inserto en su diario del dia anterior. Ya muchas veces se habia pedido el mismo decreto de acusacion contra los provocadores al desórden y en particular contra Marat, y no podia presentarse ocasion mas oportuna para perseguirlos, como que jamas habia seguido el desórden mas de cerca á la provocacion. Pero Marat sin turbarse la menor cosa, sostuvo en la tribuna que era muy natural que el pueblo hiciese justicia de los acaparadores, supuesto que las leyes eran insuficientes, y que *merecian estar en una casa de locos los que proponian acusarle*. Propuso Buzot la órden del dia en cuanto á la proposicion de acusar al *señor* Marat, y dijo; « La ley es evidente, « pero el *señor* Marat explicará sus proposiciones y « el jurado no sabrá que hacer, y no conviene pre- « parar este triunfo al *señor* Marat en presencia de « la misma justicia. » Otro miembro propuso que declarase la convencion á la república que ayer por la mañana habia aconsejado Marat el saqueo, y que por la tarde se habia verificado. Por este

estilo se fueron sucediendo una multitud de proposiciones, y al fin se acordó someter á los tribunales ordinarios á todos los autores de los alborotos sin distincion, oido lo cual dijo Marat: « En hora buena que espidais un decreto « de acusacion contra mí, á fin de que pruebe la « convencion que ha perdido todo resto de pu- « dor. » Al oir estas palabras se levantó un grito de indignacion, y al instante se mandó que se entregase á los tribunales á Marat y á todos los autores de los delitos cometidos el dia 25, y se aprobó la proposicion de Barrère de citar á la barra á Santerre y á Pache. Tambien se tomaron otras disposiciones contra los supuestos agentes de los gobiernos extranjeros y de la emigracion, porque en aquel tiempo se iba acreditando en todas partes aquella opinion de un influjo extranjero. En el dia anterior se habian mandado hacer nuevas visitas domiciliarias en toda la Francia para arrestar á los emigrados y viageros sospechosos; se renovó en aquel mismo dia la obligacion de los pasaportes, previniendo á todos los posaderos públicos ó secretos que declarasen las personas que estuviesen alojadas en sus casas, y últimamente se mandó hacer otra nueva lista de todos los ciudadanos de las secciones.

Debiendo al fin ser acusado Marat, escribió al dia siguiente un artículo en su periódico que decia:



«Indignado de ver á los enemigos de la causa pú-  
 «blica maquinár eternamente contra el pueblo  
 «y cansado de ver á todo género de acaparadores  
 «coligarse para reducirle á la desesperacion con la  
 «escasez y el hambre; aflijido de ver que las pro-  
 «videncias tomadas por la convencion para con-  
 «tener aquellas conjuraciones no lograban su ob-  
 «jeto y lastimado de los gemidos de los desgra-  
 «ciados que vienen todas las mañanas á pedirme  
 «pan y á quejarse de que la convencion les deja  
 «perecer de miseria, tomé la pluma para ventilar  
 «cuales sean los mejores medios de poner térmi-  
 «no á las conspiraciones de los enemigos públicos  
 «y á las penalidades del pueblo. Suelen ser las  
 «mas sencillas las primeras ideas que se presentan  
 «á un hombre de buena razon, que no desea mas  
 «que la felicidad general sin ningun interes per-  
 «sonal; y me dije á mí mismo ¿por qué no he-  
 «mos de hacer que se conviertan contra los bri-  
 «bones públicos aquellos mismos medios que ellos  
 «emplean para arruinar al pueblo y destruir la  
 «libertad? En consecuencia observé que en un pais  
 «en que los derechos del pueblo no fuesen un tí-  
 «tulo vano, por mas que estuviesen consignados  
 «en una pomposa declaracion, el saqueo de algu-  
 «nos almacenes, á cuya puerta se ahorcase á los  
 «acaparadores, pondria muy pronto fin á sus mal-  
 «versaciones, ¿qué hacen entonces los intrigantes

«de la faccion de los hombres de estado? Se apo-  
 «deran ansiosos de aquella frase, envian emisa-  
 «rios suyos entre las mugeres que estaban agol-  
 «padas junto á las tiendas de los panaderos, acon-  
 «sejándolas que tomen á costo y costas jabon,  
 «velas y azucar de las tiendas de los ultramari-  
 «nos, entre tanto que estos emisarios saqueaban  
 «ellos mismos las de los pobres especieros patrio-  
 «tas. Despues guardan silencio estos inicuos du-  
 «rante todo el dia, y por la noche se conciertan  
 «en un conciliábulo nocturno, que se verificó en  
 «la calle de Rohan en casadel *pulo* contrarevolu-  
 «cionario Valazé y vienen al dia siguiente á la tri-  
 «buna á denunciarme como á provocador de los  
 «excesos de que ellos son los primeros autores.»

Cada dia se iba encarnizando mas la disputa y  
 ya se amenazaban abiertamente unos á otros, en  
 términos que muchos diputados no se atrevian á  
 salir de casa sin armas, y se principiaba á susurrar  
 con tanto descaro como en los meses de julio y  
 agosto del año anterior, que era indispensable  
 salvarse por medio de una insurreccion, y supri-  
 mir la parte *acangrenada* de la representacion na-  
 cional. Los girondinos se reunian por las noches  
 en gran número en casa de uno de ellos llamado  
 Valazé y no sabian realmente qué hacerse. Creian  
 unos y no creian otros en la inmediacion del pe-  
 ligro, pero algunos de ellos, como Salles y Louvet



suponian conspiraciones imaginarias, y llamando la atencion sobre quimeras, la apartaban del verdadero riesgo. Errantes de proyecto en proyecto y metidos en Paris sin ninguna fuerza á su disposicion, y sin contar mas que con la opinion de los departamentos, que aunque era inmensa no dejaba de ser inerte, podian el dia menos pensado sucumbir á un golpe de mano. No habian podido componer una fuerza departamental, y aun las mismas tropas de confederados que habian llegado espontaneamente á Paris despues de la reunion de la convencion, habian sido en parte corrompidas y en parte enviadas á los ejércitos, por manera que apenas podian contar mas que con unos 400 de los de Brest, cuyo firme continente habia contenido los saqueos. A falta de la guardia departamental, habian procurado en vano trasladar la direccion de la fuerza pública desde el ayuntamiento al ministerio del interior, de lo cual furiosa la Montaña habia intimidado á la mayoría é impedídola que votase semejante medida. Ya no se contaba mas que con 80 diptutados inaccesibles al temor y firmes en sus deliberaciones; en cuyo estado de cosas no les quedaba á los girondinos mas que un medio tan impracticable como todos, que era el de disolver la convencion. En ella misma los furores de la Montaña les impedian obtener ninguna mayoría, y en aquella incertidum-

bre, que no nacia de debilidad sino de impotencia, solo descansaban en la constitucion. Por pura necesidad de esperar en algo, se lisongeaban de que el yugo de las leyes encadenaria las pasiones y pondria término á las tormentas, que es la idea en que suelen descansar los hombres puramente especulativos. Ya habia leído Condorcet su informe en nombre de la comision de constitucion, y escitado un descontento general, quedando cargados él, Petion y Sieyes con las imprecaciones de los jacobinos. No se veía en su república mas que una verdadera aristocracia en favor de algunos talentos orgullosos y despóticos, y así los Montañeses no querian que se hablase de temejante informe, y muchos miembros de la convencion, conociendo al fin que su destino no era construir sino defender la revolucion, decian con mucha osadia que era necesario diferir la constitucion para el año siguiente, sin pensar por ahora mas que en gobernar y batirse. De este modo se anunciaba el largo reinado de aquella tempestuosa asamblea, disipándose la creencia de que habia de ser corta su mision legislativa, y los girondinos veian desvanecerse su última esperanza, que consistia en sujetar pronto á las facciones con las leyes.

No menos apurados se veian sus adversarios, porque aunque tenian en su favor todas las pasiones violentas, representadas en los jacobinos,



en el ayuntamiento y en la mayoría de las secciones, no eran dueños de los ministerios y temian á los departamentos en que se agitaban ambas opiniones con un furor estremado, y la suya tenia una desventaja evidente. Tambien temian á los extranjeros, y por mas que las leyes ordinarias de las revoluciones asegurasen la victoria á las pasiones violentas, no les eran bien conocidas las tales leyes y no podian tranquilizarles. Tan vagos eran sus proyectos como los de sus adversarios, porque eso de atacar á la representacion nacional era un acto de audácia muy difícil, y no se habian todavia acostumbrado á esa idea. Habia sí unos 30 agitadores que se atrevian á proponerlo todo en las secciones, pero estos proyectos eran desaprobados de los jacobinos, del ayuntamiento y de los Montañeses, á quienes se acusaba todos los dias de que conspiraban, y todos los dias al justificarse conocian que unas proposiciones de esta especie los comprometian á la vista de sus adversarios y de los departamentos. Danton que habia tomado poca parte en las disputas de los partidos, no pensaba mas que en dos cosas, que eran ponerse á cubierto de toda persecucion por sus hechos revolucionarios é impedir que retrocediese la revolucion, ó sucumbiese á los golpes del enemigo. El mismo Marat, que era tan superficial, como atroz cuando solo se trataba de poner los medios, ese mismo

dudaba de cual seria el resultado; y Robespierre á pesar de su ódio contra los girondinos, contra Brissot, Roland, Guadet y Vergniaud, no se atrevia á pensar en un ataque contra la representacion nacional, ni sabia qué partido tomar, desalentado y dudoso del éxito de la revolucion, y le decia á Garat, que tambien estaba cansado y enfermo, que no podia dejar de persuadirse á que se tramaba la pérdida de todos los defensores de la república.

Mientras que en Marsella, Lyon y Burdeos se agitaban con violencia los dos partidos, se dió la voz entre los jacobinos de Marsella, que luchaban contra los partidarios de los girondinos de que era necesario deshacerse de los *apelantes* (los que habian votado por la apelacion al pueblo), y escluirles de la convencion. Aquella proposicion se envió á los jacobinos de Paris y principió á discutirse, sosteniendo Desfieux que aquella demanda estaba apoyada por suficiente número de sociedades afiliadas para poder convertirla en peticion y presentarla á la convencion nacional. Pero Robespierre que temia que una proposicion semejante arrastrase tras de sí la renovacion de la asamblea y que fuese batida la Montaña en la lucha electoral, se opuso fuertemente á ella y logró desecharla por las razones ordinarias siempre que se presenta un proyecto de disolucion.

Fuéronse precipitando los sucesos con los reve-



ses militares. Dejamos á Dumouriez acampado en las orillas del Bielbos, y preparando un desembarco aventurado, pero posible en Holanda, y mientras que él hacia los preparativos de su expedicion, venian marchando 260 mil combatientes contra la Francia desde el alto Rhin hasta la Holanda. 56 mil Prusianos, 24 mil Austriacos y 25 mil Heseses, Sajones y Bávaros amenazaban el Rhin desde Basilea hasta Maguncia y Coblencz. Desde este punto hasta el Mosa ocupaban 30 mil hombres al Luxemburgo y 60 mil Austriacos y 10 mil Prusianos marchaban hacia nuestros cuarteles del Mosa para interrumpir los sitios de Maestrich y Venloo. Ultimamente 40 mil ingleses, Hanoverianos y Holandeses, que se habían quedado atras, avanzaban desde el centro de la Holanda hacia nuestra línea de operacion. Tenia el enemigo el proyecto de atraernos desde la Holanda hacia el Escalda, hacernos repasar el Mosa, y luego detenerse á orillas de aquel rio hasta que se reconquistase la plaza de Maguncia. Era su plan caminar muy poco á poco avanzando igualmente sobre todos los puntos á un tiempo, y no penetrar vivamente sobre ninguno á fin de no esponer sus flancos. Un plan tan tímido y metódico hubiera podido permitirnos adelantar mas y con mas actividad la empresa ofensiva de la Holanda, si otras faltas y casualidades desgraciadas, y sobre

todo la demasiada precipitacion en asustarse, no nos hubiera puesto en la precision de renunciar á ella. Mandaba los Austriacos que se dirigieron sobre el Mosa el príncipe de Cobourg, que se habia distinguido en la última campaña contra los turcos; mientras que reinaba el mayor desorden en nuestros cuarteles dispersos entre Maestrich, Aquisgran, Lieja y Tongres. En los primeros dias de marzo pasó el príncipe de Cobourg el Roër y se adelantó por Duren y Aldenhoven sobre Aquisgran, y atacadas nuestras tropas se retiraron en desorden sobre esta última y abandonaron sus puertas al enemigo. Resistió algun tiempo Miaczinsky, pero despues de un combate bastante mortífero en las calles mismas de la ciudad, se vió obligado á ceder y emprender su retirada hacia Lieja. En aquel mismo momento Stengel y Neuilly separados uno de otro por aquel movimiento se habian echado hacia Limburgo, y Miranda que sitiaba á Maestrich, y todavia podia quedarse aislado del principal cuerpo de ejército retirado en Lieja, abandonó la orilla izquierda y se retiró sobre Tongres. Inmediatamente entraron los Imperiales en Maestrich, y el archiduque Carlos adelantando sus marchas mas allá del Mosa, se dirigió á Tongres y obtuvo allí una ventaja. Entonces reunidos en Lieja, Valence, Dampierre y Miaczinsky fueron de opinion de que era preciso no